

Las cartas del santo bebedor

El epistolario de entreguerras de Joseph Roth, que se publica en España, es la autobiografía de un escritor nómada y el inmejorable retrato de una era convulsa

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS
Madrid

En lugar de casa, Joseph Roth tenía tres maletas. No guardaba ejemplares de sus libros ni copia de sus artículos, que escribió a centenares. Además, no sólo no conservaba las cartas que recibía sino que pedía a los destinatarios de las suyas que las destruyeran después de leerlas. Escribió cerca de 5.000 en sus 45 años de vida. Sólo se conservan 500. De ellas, 450 se recogen en el volumen *Cartas* (1911-1939) que publica la editorial Acanalado en traducción de Eduardo Gil Bera. La edición, por su parte, es la que dejó establecida un amigo de Roth, Hermann Kesten, que en su prólogo recuerda al autor de *Fuga sin fin* escribiendo cartas sin parar, “con ágil precisión y escritura microscópica, sin interrupción, como si escribiera al dictado”. Lo hacía a todas horas y en cualquier parte. No le quedaba otro remedio. Cuando se vio obligado a dar una dirección de correo, el resultado fue una especie de mapa de su vida: “París: hotel Foyol; Marsella: hotel Beaurau; Viena: hotel Bristol; Ámsterdam: hotel Eden...”. Y así en Salzburgo, Ostende o Zúrich.

El autor pedía a sus conocidos que destruyeran su correspondencia

Hermann Hesse, Klaus Mann o Stefan Zweig están entre los destinatarios

Las 700 páginas que ocupan la correspondencia de Roth son el autorretrato portátil de un escritor nómada, su autobiografía “no premeditada”, como dice Kesten, “medio desleída, transmitida por mil casualidades, dejada en blanco y sobreviviente por puro milagro”. El milagro se llama Blanche Gidon, traductora de Roth al francés. Durante la ocupación alemana de París, Gidon ocultó, bajo la cama de la portera de su casa, todas las cartas y manuscritos que conservaba.

A París, precisamente, había llegado huyendo de los nazis el que fuera uno de los periodistas más prestigiosos de la prensa alemana de entreguerras. Había nacido en 1894 en Brody (actual Ucrania) antes de que saltara en pedazos el Imperio Austrohúngaro, “la única patria que he tenido”, como escribió el propio Roth al profesor Otto Forst-Battaglia en una carta de 1932 que en apenas dos párrafos resume toda su vida: “Soy el hijo de un austriaco, funcionario del fe-



Stefan Zweig y Joseph Roth, fotografiados en Ostende (Bélgica) en 1936.

Hitos de una vida en el desastre

► Desaparición del Imperio Austrohúngaro.

Marsella, 30 de agosto de 1925. A Benno Reifenberg. “Cierto es que, cuando murió el emperador Francisco José, yo era un «revolucionario», pero lloré. Me enrolé voluntario por un año en un regimiento vienés, una «tropa de élite» que hacía guardia de honor ante la cripta de los capuchinos, y lloré de veras”.

► El presentimiento de la Segunda Guerra Mundial.

París, febrero de 1933. A Stefan Zweig. “Entretanto sabrá usted que nos aproximamos a grandes catástrofes. Aparte de lo privado —nuestra existencia literaria y material queda aniquilada— todo conduce a una nueva guerra. No doy un céntimo por nuestras vidas. Los bárbaros han conseguido gobernar. No se haga ilusiones. Gobierna el infierno”.

► **Auge de los totalitarismos.** Francfort del Meno, 23 de octubre de 1930. A Stefan Zweig. “¿A quién no le asquea la política? Tiene usted razón, Europa se suicida. Y la manera prolongada y cruel de ese suicidio se debe a que quien lo comete es un cadáver. Esta decadencia tiene una endiablada semejanza con una psicosis. Parece el suicidio de una psicótica”.

► **Penurias económicas.** París, 27 de febrero de 1929. A Stefan Zweig. “[La leyenda del santo bebedor es un] Trabajo urgido por un solo motivo, que es material. Porque tengo que llegar a cubrir un mínimo de mi existencia sin tener que escribir regularmente artículos que me perjudican la salud. Deseo, para que mi vida no sea cruelmente recortada, ser un hombre libre de aquí a un año. Y para eso tengo que escribir cada día”.

“Nuestros libros son imposibles en el Tercer Reich”, escribe Roth en 1933

Durante la ocupación, Blanche Gidón escondió los manuscritos

rio de las cartas de Joseph Roth es su amigo y mecenas Stefan Zweig. Con él comparte una y otra vez su temor ante la escalada nazi, la gran preocupación de sus últimos años. “Nuestros libros son imposibles en el Tercer Reich”, le escribe en abril de 1933. “Hágase a la idea de que los 40 millones que escuchan a Goebbels están muy lejos de hacer una distinción entre usted, Thomas Mann, Arnold Tuchyolsky y yo. Nuestro trabajo de toda la vida —en sen-

tido terrenal— ha sido en vano. No le confunden a usted porque se llama Zweig, sino porque es usted un judío, un bolchevique cultural, un pacifista, un literato de civilización, un liberal. Toda esperanza es absurda. Esta ‘restauración nacional’ llega hasta la más extremada locura”.

Aquella locura se llevó por delante a Friedl, la esposa de Roth, enferma de esquizofrenia y víctima de la “ley de eutanasia” del régimen nazi: “Jamás hubiera creído que yo podría amar a una chica de manera tan duradera”, había escrito en una carta de 1922. “Amo su horror a las confesiones y su sentimiento, que es miedo y amor, y su corazón, que siempre teme aquello que ama”. Lo mismo, en el fondo, le pasó a él con Alemania, que le infundía una mezcla de terror y admiración. Y eso que, muerto en 1939, no le dio tiempo a ver lo peor: la familia que había dejado atrás en Galicia fue exterminada en el campo de Bergen-Belsen.

ÓPERA

Cultivar la cantera

DIDO Y ENEAS

De Henry Purcell. Taller de Ópera del Conservatorio de Música de Torrent. Solistas vocales: Belén Roig, Saray García, Almudena Arribas, Lola Cremades, Mari Luz Morales, Pilar López, Marina Navarro, Paco Mora y José Silva. Coro y Orquesta Camerata del Conservatorio. Dirección: Alberto Guardiola. Auditori de Torrent, 6 de mayo de 2009.

ROSA SOLÀ, Valencia

Cultivar la cantera no es, como se piensa a veces, contratar a músicos valencianos por el mero hecho de serlo, o programar música valenciana porque estamos en Valencia. Cultivar la cantera significa proporcionar a nuestros músicos un sistema educativo, unas estructuras laborales y unas posibilidades de actualización y perfeccionamiento que les permitan medirse, en igualdad de condiciones, con profesionales de cualquier latitud. A nivel estudiantil, un ejemplo podría ser el *Dido y Eneas* organizado por el Conservatorio y el Auditori de Torrent. Contando solo con los alumnos y partiendo de una concepción escénica basada en la iluminación, se ha montado una ópera que en absoluto decepciona. No son profesionales quienes la protagonizan, y, sin embargo, está defendida con altura, tanto en el aspecto musical como en el escénico. Fue tan evidente como lógico que se manifestaran las limitaciones que pesan sobre gargantas y dedos tan jóvenes, pero se hizo algo más que cubrir mínimos, y la supervisión general del profesor Alberto Guardiola se coronó con éxito. Ojalá tengan continuidad estas propuestas, porque cuando se monta una ópera de verdad y no una fiesta de fin de curso, se están poniendo las bases para la creatividad y el buen hacer de los futuros profesionales.

El coro, de una finura y empaste a prueba de balas, no solo cantó, sino que se convirtió en elemento básico de la escenografía. Sus movimientos, sus posiciones y sus danzas sustituyeron, junto a la luminotecnia, los inexistentes decorados (que nadie echó en falta). A eso se le llama trabajar con ganas y ser un artista versátil. La pequeña orquesta sonó muy bien, máximo tratándose de un repertorio —el barroco inglés— que no suele frecuentarse demasiado. Y, en cuanto a los solistas, resulta preciso destacar la preciosa voz de Belén Roig quien, con 16 años, supo componer una *Dido* convincente y dolorida. Su instrumento, con mordiente desde el agudo al grave, puede dar mucho que hablar si lo cultiva adecuadamente.